



NUESTRA VISIÓN REVOLUCIONARIA

Francisco Crespo

Edita CNT-AIT Granada, Octubre 2018
C/ Eurípide s/n
granada@cntait.org

Francisco Crespo Fernández era natural de Membrilla (La Mancha), muy relacionado con los círculos anarquistas de Tierra y Libertad y de La Revista Blanca, siendo muy amigo de Federico Urales. Perseguido durante la Dictadura de Primo de Rivera. Marchó a Granada a principios de los años treinta con su familia, viviendo en la Carrera del Darro. Federica Montseny se alojó en su casa cuando vino a Granada a dar un mitin, evento que no pudo hacerse al producirse la Sanjurjada el 10 de Agosto de 1932 en Granada, donde murieron dos cenetistas durante la lucha de aquellos días, Donato y Cañete. En Granada era dependiente y fue un activo militante. Volverá a Madrid donde le sorprenderá el Golpe de Estado siendo Tesorero provisional del Comité Nacional. En la guerra estará en el Comité Regional de Centro. Al término de ésta huye a Francia tras camuflarse durante años en una caravana de gitanos. Allí se incorpora al Exilio. Redactó el folleto *Nuestra Visión Revolucionaria* en consonancia con una fuerte corriente del movimiento libertario, donde Granada estaba adscrita, que se oponía a los diferentes diseños teóricos de una sociedad anarquista.

A manera de prólogo

Federica Montseny

El folleto que vas a leer, lector, tiene para ti un valor inmenso. Está escrito por un obrero auténtico, por un soldado raso de la lucha social, por una de esas conciencias y de esas inteligencias casi anónimas, que son el tesoro del anarquismo español.

Un hombre sin aspiraciones a jefatura alguna, sin pretensiones de dómine ni maneras de líder, expone en él sus puntos de vista sobre las posibilidades de la revolución española, su concepto personal de las ideas y somete a crítica serena y razonada al movimiento anarquista español.

He leído con apasionamiento estas paginas sinceras y concisas, en las que, con una lógica objetiva irrefutable y ese impulso poderoso del entusiasmo que fecunda todas las causas, se desgrana todo un universo de ideas.

El mismo apasionamiento sentirán cuantos me sigan por el mismo camino del libro. Les poseerá la misma fe contagiosa y se sentirán levantados por el mismo optimismo.

Pero para mi el mayor de los méritos de este folleto, la mayor de sus sugerencias y el vivero más abundante de sugerencias estriba en lo que simboliza la personalidad del autor.

En mis viajes a través de España he encontrado a muchos hombres como él. Podría decir que en cada pueblo había uno. Son ellos el alma de todo un movimiento de ideas, la levadura de toda la fuerza expansiva y revolucionaria del anarquismo en España. Por ello sobrevive a todas las persecuciones y no ha languidecido ni languedecirá como languedició el anarquismo francés.

Son hombres confundidos con la masa, pero en los que alienta una individualidad inconfundible. Hombres voluntariamente colocados en segundo término, en ese gran drama de nuestras luchas, pero sobre los que pesa todo el edificio moral de las ideas libertarias en España. Son ellos los soldados de todos los frentes y la potencia atractiva que concentra las simpatías populares.

Por dondequiera siembran la simpatía y el recuerdo grato. Las poblaciones aprenden a conocer y a mamar las ideas, viéndoles vivir y comportarse con la colectividad y en el seno de sus familias. Son los idealistas puros, los hombres austeros e íntegros que mantienen encendido, siempre vivo, el fuego de la idea.

En las capitales apenas conocemos este tipo de anarquista genérico, en el que revive, difuso y multiplicado, el espíritu de un Reclus. Aquí el morbo ambiente, la

promiscuidad monstruosa del vivir ciudadano, los absorbe y los destruye. Y si no existieran, si no hubiesen existido siempre, sobreviviéndose a sí mismos o reviviendo en otros hombres, ¿qué habría sido y qué sería del anarquismo en España?

Este folleto está destinado a remover las aguas quietas de un lago. Porque de un tiempo a esta parte, en holocausto a la unidad de la acción, por un fenómeno obligado por las circunstancias, habíamos todos renunciado al derecho de la crítica. Me refiero a esa crítica creadora, constructiva, que somete los problemas a la luz de la razón, discutiendo con alteza de miras y generosidad de juicio. No a esa crítica mezquina, rastrera, que mancha cuanto toca, como la baba de los caracoles.

Crespo se ha decidido a tirar una piedra sobre las quietas aguas. Nadie mejor que él podía hacerlo. Porque está por encima del Bien y del Mal, de todo error y de toda culpa. Porque, además, no critica por el prurito de criticar ni el deseo de singularizarse. Porque lo hace en ejercicio de un postalado santo y poniendo en la obra toda la sinceridad y la buena voluntad de su alma.

Estas líneas deben ser obligadamente breves. Son como el cortinaje levantado que da paso a un personaje, con la misión de descorrer el velo de la obra. No pueden ser extensas ni deben ser explícitas, robando al autor la mitad del encanto.

Sólo deseo con ellas avivar el interés de los lectores y advertirles sobre la excepcional calidad del hombre y la obra, su fruto, que van a leer. A la lectura aportarán así la atención y la simpatía que hombre y obra merecen.

Y que la lectura no sea desperdiciada ni estéril. Porque Crespo dice muchas cosas interesantes y necesarias, que es preciso madurar en el fondo de todas las conciencias, extrayendo las materias útiles y sacando de ellas lecciones y estímulos para proseguir la lucha.

NUESTRA VISIÓN REVOLUCIONARIA

I

Convencidos de que el tema que encierra el título que damos a estas breves páginas ni puede ni debe hipotecarse, haremos la salvedad de que no ignoramos que hay quien al tratarlo puede corregirnos, superándonos, en el sentido de que el lector podría nutrirse de más conocimientos éticos que sobre el ideal de redención humana podemos nosotros aportar. No obstante la aclaración que sin falsa modestia precede a la tesis revolucionaria que sustentamos, como partidarios del libre criterio y colaboración en todos los aspectos de la vida y objetivos del hombre, expondremos nuestra modesta visión revolucionaria, por si fuera de alguna eficacia en lo fundamental para llegar, si no antes, al menos mejor llegados a ese mañana libre y manumisor, que ya todos los explotados del régimen burgués y todos los que, no teniendo embotada la sensibilidad de seres racionales, anhelan y ansian ver convertido en tangible realidad. Omítase o no se haga caso de las deficiencias o faltas literarias de este trabajo u opinión escrita; la forma ni nos interesa a nosotros ni debe interesar a los lectores; incumbe el fondo y la sana idea de las cosas o cuestiones, y si este modesto esbozo ideológico es verdad que no tiene otros méritos, sí contiene el de la sinceridad, que juzgamos es siempre el camino más práctico y rectilíneo que conduce a la verdad, aunque ésta sea relativa.

Se ha hablado y escrito mucho de revolución social, y, a nuestro juicio, pocos de los que han tratado el tema del futuro libre han procurado hacerlo con el tacto y cuidado que el caso requiere.

No hablamos de los marxistas y políticos de toda laya, que del vocablo revolucionario han hecho un tópico especulativo, explotando la frase como cualquier industria patentizada, de esa fauna arribista, cucañas de la sociedad burguesa, que, invocando la revolución, trepan a las alturas del Poder nacional, desde donde oprimen y flagelan al pueblo, que, ingenuo y confiado, esperaba hallar la revolución social manumisora mediante el mito del sufragio universal (el voto), de los que, usando la dialéctica revolucionaria, han hecho fatídica realidad las dictaduras más bárbaras y sanguinarias.

El sátrapa Benito Mussolini o el tirano más forajido y de más significación contemporánea, empleando la demagogia revolucionaria, llegó al sitio estratégico o al Poder omnímodo con que le fue posible hundir a su país (Italia) en la más grande abyección y tortura moral.

La dictadura roja en Rusia, con su colorido y etiqueta proletaria, y a pesar de su específico programa revolucionario, no es menos abominable su realidad social a la

suerte y destino de aquel grande país. Y para no argumentar con casos exóticos o de fuera, ofrecemos el de España. Donde, en nombre de la revolución, en abril del año 1931 se instauró un nuevo... régimen democrático, que a los tres años de existencia tiene en su haber seiscientas generosas vidas inmoladas y una legislación tan retrógrada y reaccionaria como la de cualquier país dinástico tradicional y reaccionario.

Hombres de una demagogia verborrónica, como fueron y aún tienen el cinismo de ser o aparentar, los Largo Caballero, Azorín, De los Ríos, Quiroga, etcétera, han degenerado... al consiguiente papel de históricos verdugos. Y estos casos y muchos más que podríamos citar no son excepciones de la regla; es que la política propiamente dicha, no importa el color o el nombre que se le dé, es incompatible con la libertad y la paz a que la Humanidad es acreedora. Nos referimos a muchos auténticos y quizá sinceros revolucionarios, los que al hablar y escribir del porvenir social no tienen en cuenta que al combatir errores y prejuicios del presente dejan el germen de otros males en acción, que no porque tuvieran otros adjetivos y correspondieran a una nueva estructuración social serían menos funestos y execrables al objetivo de la humana causa que la sociología persigue por el bienestar de todos los nacidos.

Escritores libertarios de un renombre internacional, cuyos nombres omitimos porque no gustamos de herir susceptibilidades, y por creer que no hace al caso consignarlos, nos han hecho el diseño o trazo de una sociedad libre, en la que la libertad, tanto individual como colectiva, queda supeditada a una moral absurda y a un criterio social estrecho y semiautoritario de la libertad.

No faltan quienes dicen cómo hemos de confeccionar la indumentaria y hacer todas las cosas después de la revolución. A quienes así discurren, aunque sea con la noble y sincera visión que tengan de una sociedad libre y equitativa, no regateamos en decirles que tan antilibertaria y perniciosa sería la realidad del croquis de la nueva sociedad que conciben y presentan, como el mismo régimen o institución social que por la fuerza de los fusiles del Estado impera y soportamos en el presente. No es libertario en la verdadera acepción de la palabra lo de trazar normas y señalar cómo y de qué manera se han de preferir y desarrollar las cosas cuando haya libertad de decir y hacer: para el futuro libre no se debe predeterminar la nomenclatura de la vida; porque no se puede. sin cercenar la aspiración a la felicidad máxima de los pueblos, preajustar su porvenir a una visión uniforme de la sociedad, proyectar de que, en lo moral como en lo económico, las cualidades y maneras de ser de todos y cada uno, deben concertarse a las cualidades y maneras de ser de unos cuantos, aunque éstos fueran los más eruditos y los de más pulcra y ejemplar conducta, es atentar con la naturaleza y con la libertad, ya que la primera es consubstancial y congénere de la segunda.

La magna obra de una sociedad equitativa y libre no se puede someter a razones de

medida, peso o aritmética, como, por ejemplo, es lógico y fundamental someter a esas tres razones la obra que puede realizar un albañil, un carpintero, un mecánico y un ingeniero, etc. Entendemos que es un error funesto y además antilibertario lo de hipotecar, aunque sea con carácter previsorio, lo que ya se ha definido y denominado Sociedad Comunista Libertaria: Por entenderlo así nos proponemos con este bosquejo ideal y la ayuda del lector levantar varias hipotecas que varios libertarios hablando y escribiendo han hecho y hacen al libre porvenir del pueblo. En dos conceptos que juzgamos fundamentales, y que creemos síntesis de la Vida nueva, ciframos nuestra visión revolucionaria, porque creemos que el influjo de tales dos conceptos han de girar u orientarse los demás aspectos de la sociedad comunista libertaria. El primero es la supresión definitiva del principio de autoridad en todos los sentidos y matices; el segundo, la abolición total del interés creado o propiedad privada y titular; sobre estos dos principios básicos, que serán la tumba de todos los males de la invertida y abyecta sociedad burguesa, que, cual baldón de la historia humana, aún impera en pleno siglo XX, se hallará la meta... deseada en el camino ascendente de la redención de todos.

Es tanto el horror, y vale decir el odio, que los libertarios y el pueblo hambriento y ultrajado debe tener a ese vil y salvaje principio de autoridad, que en todos los tonos que se pronuncie ha de reprobarse y combatir. Que no se venga con argumentos involucreadores, que con frecuencia revelan más afanes de soberanía que de libertad, diciendo, por ejemplo, que el artista, cuando decide realizar su obra, tiene la concepción de la misma definida. A quienes así argumentan diremos lo de antes, que la obra de la nueva sociedad no se puede someter a números, peso ni medida, cual la obra de un artífice. Fundamentada base de la colosal y magnífica obra de la sociedad anárquica será el trabajo útil por todos realizado, el instinto de conservación, el sano anhelo de mejorarse y la ética por moral, que es innata virtud de los humanos. Con lo dicho, en rítmico desarrollo con los dos conceptos o principios sobre la revolución social antes apuntados, apreciamos es más que suficiente para reemplazar y sustituir superlativamente en sentido progresivo a la vetusta y tétrica obra o sociedad presente destruída por los pueblos insurgentes. Téngase en cuenta que la ciencia y el progreso son garantía de la sociedad humana, y estos dos factores esenciales de la Vida son hijos y hermanos del trabajo, que no desaparecen con el régimen capitalista.

Si convenimos que al designio de la justicia y la libertad todos los privilegios en lo social son vituperables y malos, no hay ya que suprimir los económicos, sino que también hay que evitar los que son susceptibles de producirse en lo moral. Se dirá que nos concretamos a refutar criterios y puntos de vista que con tanto derecho y respeto como el nuestro fueron emitidos, y que frente a esquemas y diseños de la sociedad nueva no damos soluciones ni abogamos por otros de diferente forma y concepción; a ello contestaremos aclarando, por si no basta lo que precede, que no somos partidarios de programas, ni siquiera de hacer trazos o moldes sobre la convivencia del porvenir social, de la manera que han de convivir los pueblos ellos

mismos la determinarán sobre el terreno de las circunstancias y preferente realidad. Puesta en marcha la revolución social hacia el humano y generoso objetivo de la total liberación de todos, hay que prevenirse para que, en evitación de una inconsciente o encubierta autoridad de nuevo estilo, los pueblos no vuelvan a ser esclavos. Ese criterio de los Concejos, de los Comités representativos o Juntas de control que en el orden Regional, Nacional, etc., justifican muchos compañeros en un lapso de tiempo llamado de transición de la sociedad comunista libertaria, consideramos que, parte de un error funesto, y es hijo de un concepto poco analítico de la libertad, no hay que omitir o descuidar que todo lo provisional tiende a hacerse estable, y si a un Concejo, Comité, etc., se le confiere el arbitraje o control económico o moral de una circunstancia social, se correría el riesgo de que el arbitraje o control de unos cuantos se convirtiera en ley consuetudinaria (o de costumbre), que, degenerando de su carácter originario, de una manera paulatina y gradual adquiriese carácter soberano y por hábito o imposición, perpetuarse en menoscabo de la libertad. Habrá, quien diga que somos supersticiosos con el principio autoritario, pero estamos bien curados del mal de la superstición: es que queremos dormir tranquilos y siempre alejados de ese virus corrosivo y contagioso, que da jaqueca y es vivero de tragedias y agudos dolores de toda sociedad. Contra el fatídico principio de autoridad hay que estar siempre vigías, porque conlleva el plural peligro de hacerse carne con muchos y distintos nombres, y tan fatal y vil es con su nombre clásico y tradicional, como, por ejemplo, con los de Comités, Juntas de control, burocracia, tecnocracia, etc. Los pueblos, ya libres del pulpo Estado y de la propiedad privada o titular, han de profesar la absoluta independencia y la más completa libertad entre todos y cada uno, porque si privaran las absurdas y atávicas leyes o acuerdos de las mayorías, la Sociedad Comunista Libertaria adolecería de un defecto capital, si se dice que vamos al sistema social del libre acuerdo, tan inicuo y antilibertario es lo de supeditar la libertad de todos a la libertad de uno, como supeditar y sacrificar la libertad de uno a la libertad de todos. Si en la sociedad futura libertaria, repetimos, la libertad en cualquiera de sus atributos es condicionada, su bienhechora y sublime realidad no dejará de ser una ficción; hay que esforzarse para que el adjetivo libre no se lexione en su propio nombre. Ese criterio complejo, mecánico y militaresco que muchos libertarios tienen de la post-revolución hay que discutirlo y analizarlo a instancias del ideal anarquista que invocamos. No falta quien habla y escribe de anarquismo sindicalista, de anarquismo demócrata y de política anarquista. Y nosotros, que de la anarquía creemos tener un concepto más elevado, más sagrado y ultraísta, por así decirlo, aunque de místicos y sectarios se nos tilde, no regateamos en decir que quienes tal mescolanza ideológica propagan, o son políticos por sentimientos y errónea visión del anarquismo, o bien son hipócritas prestidigitadores o escamoteadores de la libertad del pueblo, que tendrá de todo menos de anarquistas.

Eso de anarquismo-sindicalista y anarquismo demócrata. etc.. apreciamos y declaramos genuinamente que es un específico adulterado de anómala y terrible aplicación para el órgano de la sociedad comunista libertaria. Decimos esto, porque

la política, la democracia como el sindicalismo, son de un género distinto a la anarquía, y no hay que confundir "a priori" la misión histórica de cada uno de los cuatro adjetivos en cuestión: los tres primeros finalizarán sus objetivos con el entierro del régimen capitalista, porque, hecha la revolución social, implantado el comunismo libertario, la política, la democracia y el sindicalismo, no importa cómo se apelliden, nada tienen que hacer: suprimidos el Estado y el capitalismo pierden la razón de su existencia. ¿Qué papel le queda a la política y a la democracia si su razón de ser fue el arte de gobernar a los pueblos con la intervención de ricos y pobres y sin privilegios..., si el Gobierno, el Estado y los privilegios han desaparecido? ¿Y qué papel ha de ser el del sindicalismo, si su razón de ser fue la unión de los trabajadores como arma en la lucha de clases, si ya la clase capitalista que motivaba y aguantaba la lucha también desaparece con la revolución social?

¿Que cómo se ha de llamar en la nueva sociedad a la manera de convivir los pueblos? Eso no es lo primordial, pero si nos gustara comunismo libertario o convivencia libre, se podría llamar otra cosa que, interpretando siempre bien la libertad y el humano concepto de justicia, diera solución equitativa a todos los problemas de la vida. De lo que queremos prevenirnos es de esa estructuración mecánica y uniforme que algunos libertarios conciben y propagan, no siendo en realidad más que un semiplagio de concepciones semi-libertarias de la sociología, con lo que se llegaría a un quinto o sexto estado. pero jamás a la plasmación del excelso y humanitario ideal ácrata; por entenderlo así rechazamos de plano todo arbitraje en la sociedad libre, no importa en nombre de qué se quiera justificar. Ya oímos hacer la vacua y pueril objeción de que las patatas, la harina y los garbanzos no pueden ir por radio ni por teléfono. A quienes así razonan hay que convencerles de que cuando no haya Ministro de la Gobernación, ídem de Economía, como tampoco Comités asesores y representativos, los chófetes no dejarán de saber manejar el volante, los campesinos no perderán la facultad de roturar la tierra, seguirán sabiendo sembrar, producir y coger los ricos frutos que en épocas respectivas ofrece la Naturaleza. Tampoco el albañil quedará impotente para trazar y construir albergues o viviendas higiénicas, y, así todos los oficios útiles a la vida; como la Naturaleza no frustra las causas de la felicidad humana, hay que desechar ese torpe y absurdo temor de presenciar el caos.

Sería estulto, absurdo y coactivo si a la necesidad de hacerlo se estableciera una modalidad para vestirse todos los habitantes de una gran ciudad por la misma prenda de la indumentaria; el trabajo de vestirse lo exige una necesidad de la vida para preservarse del rigor del frío y de la calcinación del sol; pero todos tienen la libertad de hacerlo, poniéndose antes o después, según costumbre, gusto o preferencia, los zapatos antes que los pantalones, o la americana, blusa o pantalones antes que los zapatos; lo esencial es que hay que vestirse porque lo impone un objetivo práctico y racional de la vida, y, si se quiere, una pundonorosa regla de la "moral"... Lo estúpido y antilibertario sería determinar cómo había de efectuarse. Pues igual a esta especie de argumento ha de ocurrir sobre todo de lo

fundamental en el libre advenir de la sociedad. Y, aunque sea redundancia, diremos lo que en párrafos anteriores. O sea que el instinto de conservación, el natural anhelo de perfeccionarse y la imperiosa necesidad de la solidaridad o ayuda mutua, con la libertad por brújula, darán la forma conveniente de vivir los pueblos redimidos.

Un deber de profunda y sincera convicción anárquica nos obliga hacer constar nuestra creencia de que toda idolatría es mala y atávica, y, como consecuencia, obstrucciona la marcha de la libertad tanto en el individuo como en la colectividad; por ello decimos, a modo de advertencia, que los pueblos, al derribar Olimpos y prejuicios del presente, tengan en cuenta el cuidado de no crear otros de nuevo cuño; hay que ser irreverentes con todo lo que no cuadre con la libertad, es decir, que se debe deplorar y fustigar todo lo que implique el fetichismo y tenga visos de superioridad.

Alagüeña condición que abona nuestra visión revolucionaria es la idiosincrasia indisciplinaria del pueblo ibérico, que no se presta a ser rebaño, como acontece en otros países, por lo que treinta meses de régimen marxista han bastado para convencerse el proletariado de que, ínterin no acabe con todas las tutelas, será víctima perpetua.

II

La revolución social comunista libertaria que en España y en otros suelos del planeta Tierra flota en el ambiente de sus habitantes toca al borde de su realidad. Gastado el sistema capitalista, dado el fracaso de la predicción marxista y, en general, el descrédito de toda la socialdemocracia en aquellos países o lugares de la tierra en que ha tenido ocasión de ponerse a prueba, ha precipitado la conmoción en los acontecimientos de la historia revolucionaria. Como sistema social entre los hombres o en la especie humana, se han esterilizado las plutocracias, las monarquías y la política de todos los programas, y para la solución de tan arduo problema no hay más que hacer carne y viva realidad la concepción del ideal anarquista. Ya son pocos los que creen en los mitos sanguinarios de la tradición de cultos y doctrinas sedentarias, el fanatismo de la religión católica se ha relegado a una minoría que más que fanática y sectaria es rutinaria, hipócrita y convencional; los pueblos, a pesar de en gregaria condición y borreguil sometimiento al monstruoso aquelarre de una civilización mentida y antihumana, han sacudido ya la fe seráfica o divina que, como fatal narcótico, hace milenios le fue inoculada; pocas son las gentes que, como hace un cuarto de siglo, rezan sendas plegarias al tomar el desayuno y al meterse y salirse de la cama. El culto y la veneración a las instituciones del Estado es exclusivamente partidista y convencional; el concepto de

patria, por ejemplo, es vituperado por el sentimiento popular, y es indiscutible que como fuerza contrarrevolucionaria en el Ejército tan solo queda la burocracia de las clases y Jefes militares; ya son muchos los jóvenes, de convicciones revolucionarias que por ser el servicio patrio obligatorio se hallan en las filas militares, y abona nuestra apreciación el hecho de que hasta hace poco tiempo las prevenciones y calabozos cuarteleros han sido cárcel de soldados desidiosos y penderciersos, y en la actualidad esos mismos calabozos de los cuarteles hacen de celdas presidiarias para muchos soldados idealistas, que, a pesar de la férrea disciplina y sin temer a la Ordenanza, que implica resorte de muerte de la más leve falta, manifiestan y propagan su rebeldía antimilitarista y libertaria. Queremos decir que la fuerza contrarrevolucionaria de mayor calibre no es ya una confianza y menos una garantía del enemigo de la revolución, porque el Ejército, además de estar formado por hijos del pueblo escarnecido, hay entre él oportunos valores revolucionarios que en los momentos decisivos deben y pueden jugar un buen papel en la revolución social.

De cómo y cuando ha de hacerse la revolución no somos quién para determinarlo, porque el cuándo, aunque consideramos que la hora es crítica y apremiante, el momento lo pueden determinar muchos motivos; desde luego, a título de juicio personal, y sin que en nuestra visión general de la revolución implique una razón fundamental, preferimos el detalle de que la revolución se diera de mayo a septiembre, para que en los campos, por razones que se explicará el lector, tuviera más efecto el acontecimiento redentor.

El cómo tampoco somos quiénes para indicar itinerario al hecho práctico de la revolución, hacer trazos y marcar un plano sería caer en el error hipotecario que refutamos; mas, sin que ello signifique contradicción a lo antes dicho, enjuiciamos que todos los efectivos revolucionarios o toda la influencia de la revolución social vindicadora debe ser puesta en simultánea acción, con objeto de desconcertar y hacer difícil la posición del enemigo; una vez en el fragor de la contienda, todas las armas serán buenas para la lid manumisora.

Las clases medias del campo y de la ciudad, presionadas y trituradas por su posición en el presente, entre las dos fuerzas antagónicas en lucha (capital y trabajo), por no tener nada que perder y mucho que ganar, deberán sumarse a las fuerzas revolucionarias propugnadoras de la desaparición de castas y clases en la tierra, y por ende, proclamadoras de la paz, el respeto y el derecho a la Vida de todos los nacidos. Los que por temperamento, indiferencia o perplejidad no colaboren activamente en el hecho de transformación social, que no hagan hostilidad con sus gesticulaciones o palabras por doquier se hallen, que se concreten a ser meros espectadores, para así eludir la responsabilidad que en el futuro pudiera pedirles sus propias conciencias. La opinión popular deberá hacer caso omiso, o no hacer caso, de noticias que el enemigo común sabe poner en juego mientras tiene en su poder los medios de hostilizar y herir la situación

revolucionaria puesta en marcha.

Telégrafos, teléfonos, radio y la prensa burguesa son agentes incondicionales de la reaccion y el Estado, que tienen la indigna misión de desfigurar los hechos y desorientar a la pública opinion, la que, con el fin de no ser víctima de la celada contrarrevolucionaria, deberá dar a éstos su merecido a tiempo.

La revolución social por la que propugnamos en las presentes líneas no es un sueño utópico y romántico; ha tenido ya su prólogo revelador, auténtico, histórico y magnánimo, en el alto Llobregat de Cataluña, en varios pueblos de Andalucía y Levante y, por último en Aragón y La Rioja, ha dejado ya una estela indeleble de su bienhechora realidad, que, a pesar de su frustrado arranque, conjuga y deja intangible el verbo y adjetivo BIEN, a la vez que ha iluminado y sembrado de esperanzas y optimismo el camino a recorrer.

¿Cuál es en España la fuerza de opinión social que con un contenido ético y fundamental puede iniciar la revolución social libertadora? Ya se comprenderá que han de ser los trabajadores de todos los oficios y profesiones, correspondiendo ser el factor determinante y orientador al contingente adscrito a la C. N. T., ya que ésta es el organismo más potente y revolucionario que existe en el solar ibérico.

Nuestra revolución social, de objetivo y contenido ético y humano, jamás podrá fallar ni gastarse en el transcurso del tiempo. como lógicamente acontece con toda revolución política.

No podrá fallar, porque en lo económico cuenta con una base sólida y difícil de sustituir; ella es la del trabajo o producción. que es garantía e indispensable nodriza de la Vida.

No podrá gastarse porque en lo ideal no tendrá limite, y siempre ha de ir ascendente al bien del más allá.